

Fred Vargas

La tercera virgen

Traducción del francés de
Anne-Hélène Suárez Girard

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Dans les bois éternels*

En cubierta: ¿???????

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions Viviane Hamy, 2006

© De la traducción, Anne-Hélène Suárez Girard

© Ediciones Siruela, S. A., 2008

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-161-4

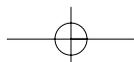
Depósito legal: M-31-2008

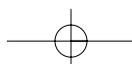
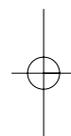
Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

La tercera virgen





I

Sujetando la cortina de la ventana con una pinza de la ropa, Lucio podía observar más a sus anchas al nuevo vecino. Era un tipo bajito y moreno que estaba construyendo un muro de bloques de hormigón, sin plomada y con el torso desnudo bajo un fresco viento de marzo. Después de una hora de vigilancia, Lucio sacudió rápidamente la cabeza, como una lagartija pone fin a su siesta estática, despegando de sus labios la colilla apagada.

—Ése —dijo enunciando por fin su diagnóstico—, sin plomada y a su bola. Va en su burro, siguiendo su brújula. Como le da la gana.

—Pues déjalo —dijo su hija sin convicción.

—Sé lo que tengo que hacer, María.

—Lo que pasa es que te gusta preocupar a la gente con tus historias.

El padre chasqueó la lengua.

—No dirías eso si tuvieras insomnio. La otra noche la vi, como te estoy viendo a ti ahora.

—Sí, ya me lo dijiste.

—Pasó delante de las ventanas del primer piso, lenta como un espectro.

—Ya —dijo María, indiferente.

El anciano se había erguido, apoyándose en su bastón.

—Era como si estuviera esperando la llegada del nuevo, como si se preparara para su presa. Para él —añadió señalando la ventana con la barbilla.

–A él –dijo María–, lo que le digas le entrará por un oído y le saldrá por el otro.

–Lo que haga es asunto suyo. Dame un cigarrillo, voy a ponerme en camino.

María puso directamente el cigarrillo entre los labios de su padre y lo encendió.

–María, leñe, quítale el filtro.

María obedeció y ayudó a su padre a ponerse el abrigo. Luego le metió en el bolsillo un pequeño transistor de donde salían, crepitando, palabras ininteligibles. El viejo nunca se separaba de él.

–No seas muy bestia con el vecino –le dijo, ajustándole la bufanda.

–El vecino está curado de espanto, créeme.

Adamsberg había estado trabajando despreocupado bajo la vigilancia del viejo de enfrente, preguntándose cuándo vendría a tantearlo en persona. Lo miró atravesar el pequeño jardín con paso oscilante, alto y digno, hermoso rostro surcado de arrugas, pelo blanco intacto. Adamsberg iba a tenderle la mano cuando se dio cuenta de que el hombre no tenía antebrazo derecho. Levantó la paleta en señal de bienvenida y posó sobre él una mirada tranquila y vacía.

–Puedo prestarle mi plomada –dijo el viejo con cortesía.

–Ya me las arreglo así –respondió Adamsberg calando otro bloque–. En mi tierra siempre hemos hecho los muros a ojo, y todavía están en pie. Torcidos, pero en pie.

–¿Es usted albañil?

–No, soy madero. Comisario de policía.

El anciano apoyó su bastón contra el nuevo muro y se abrochó la chaqueta hasta la barbilla, mientras asimilaba la información.

–¿Busca droga y cosas así?

–Cadáveres. Estoy en la Brigada Criminal.

–Bien –dijo el viejo tras un ligero sobresalto–. Pues yo estuve en una cuadrilla.

Guiñó un ojo a Adamsberg.

–Pero no de ladrones, ¿eh?, de obreros de carpintería. Poníamos tarimas de madera.

Un gracioso, en sus tiempos, pensó Adamsberg dirigiendo una sonrisa de complicidad a su nuevo vecino, que parecía apto para distraerse con cualquier cosa sin ayuda de nadie. Un guasón, un chistoso, pero con unos ojos negros que te taladraban vivo.

–Roble, haya, pino. Si me necesita, ya sabe dónde me tiene. En su casa sólo hay baldosa de barro.

–Sí.

–Es menos cálido que la tarima. Me llamo Velasco, Lucio Velasco Paz. Empresa Velasco Paz e hija.

Lucio Velasco sonreía abiertamente, sin apartar sus ojos del rostro de Adamsberg, inspeccionándolo palmo a palmo. Ese viejo estaba dando rodeos, ese viejo tenía algo que decirle.

–María es la que lleva ahora la empresa. Tiene la cabeza bien puesta; que no le vengan con cuentos, que no le gusta.

–¿Qué tipo de cuentos?

–Cuentos de fantasmas, por ejemplo –dijo el hombre, arrugando sus ojos negros.

–No se preocupe, no conozco cuentos de fantasmas.

–Ya; uno dice eso y, un buen día, conoce uno.

–Puede ser. No lleva la radio bien sintonizada. ¿Quiere que se la arregle?

–¿Para qué?

–Para oír los programas.

–No, *hombre*¹, no. No quiero escuchar esas tonterías. A mis años, uno tiene derecho a no dejarse engañar.

–Por supuesto –dijo Adamsberg.

Si el vecino quería pasearse con un transistor sin sintonizar en el bolsillo y si quería llamarlo *hombre*, allá él.

El viejo hizo de nuevo una pausa mientras escrutaba el modo en que Adamsberg colocaba los bloques.

–¿Está contento con esta casa?

¹ En español en el original.

–Mucho.

Lucio hizo una broma ininteligible y se echó a reír. Adamsberg sonrió amablemente. Había algo juvenil en su risa, pese a que el resto de su postura parecía indicar que era más o menos responsable del destino de los hombres en este mundo.

–Ciento cincuenta metros cuadrados –prosiguió el viejo–. Un jardín, una chimenea, un sótano, una leñera. Eso en París ya no se encuentra. ¿No se ha preguntado por qué la ha conseguido por cuatro reales?

–Por vieja y destartalada, supongo.

–¿Y no se ha preguntado por qué nunca la han tirado?

–Está al fondo de una callejuela, no molesta a nadie.

–De todos modos, *hombre*. Ni un comprador en seis años. ¿No le extraña eso?

–Digamos, señor Velasco, que soy difícil de extrañar.

Adamsberg raspó el exceso de cemento con la paleta.

–Pero suponga que le extraña –insistió el viejo–. Suponga que se pregunta por qué la casa no encontraba comprador.

–Porque el retrete está fuera. La gente ya no soporta esas cosas.

–Podrían haber construido un muro para unirlo a la casa, como está haciendo usted.

–No lo hago por mí. Es por mi mujer y mi hijo.

–¡Me cago en la!, ¿no irá a traer una mujer aquí?

–No creo. Vendrán de paso.

–Pero ¿y ella? Ella no dormirá aquí, ¿verdad? ¿Ella?

Adamsberg frunció el ceño mientras la mano del viejo se posaba sobre su brazo, buscando su atención.

–No se crea usted más listo que nadie –dijo el anciano bajando el tono de voz–. Venda. Hay cosas que se nos escapan. Que están fuera de nuestro alcance.

–¿Qué cosas?

Lucio movió los labios, mascullando su cigarrillo apagado.

–¿Ve esto? –dijo levantando el brazo derecho.

–Sí –contestó Adamsberg con respeto.

–Lo perdí a los nueve años, en la Guerra Civil.

–Sí.

–Y a veces me pica. Me pica el trozo que me falta, sesenta y nueve años después. En un sitio muy preciso, siempre el mismo –dijo el viejo señalando un punto en el aire–. Mi madre sabía por qué: es la picadura de la araña. Cuando perdí el brazo, no había acabado de rascarme. Así que me sigue picando.

–Sí, claro –dijo Adamsberg, removiendo en silencio el cemento.

–Porque la picadura no había terminado su vida, ¿entiende? Exige lo que es suyo, se venga. ¿No le recuerda a nada?

–A las estrellas –sugirió Adamsberg–. Brillan después de muertas.

–Sí, por qué no –admitió el viejo, sorprendido–. O el sentimiento: por ejemplo, un chico que sigue enamorado de una chica, o al revés, cuando todo se ha ido al garete. ¿Entiende lo que le quiero decir?

–Sí.

–Y ¿por qué sigue enamorado el chico, o ella? ¿Cómo se explica?

–No lo sé –dijo Adamsberg, paciente.

Entre ráfaga y ráfaga, el tenue sol de marzo le calentaba suavemente la espalda, y estaba a gusto, allí, fabricando un muro en ese jardín abandonado. Lucio Velasco Paz podía hablarle todo lo que quisiera, no le molestaba en absoluto.

–Pues muy sencillo: porque el sentimiento no ha terminado su vida. Esas cosas existen fuera de nosotros. Hay que esperar a que se acaben, hay que rascarse hasta el final. Y, si uno muere antes de haber terminado de vivir, pasa lo mismo. Los asesinados siguen vagando por ahí, unos canallas que no paran de venir a picarnos.

–Picaduras de araña –sugirió Adamsberg, cerrando el círculo.

–Aparecidos –dijo el viejo con gravedad–. ¿Comprende ahora por qué nadie quería su casa? Porque tiene fantasmas, *hombre*.

Adamsberg acabó de limpiar el cuezo y se frotó las manos.
–¿Por qué no? –dijo–. No me molesta. Estoy acostumbrado a las cosas que se me escapan.

Lucio alzó el mentón y contempló a Adamsberg con cierta tristeza.

–*Hombre*, tú sí que no te le escaparás, si vas de listo. ¿Qué te crees? ¿Que puedes más que ella?

–¿Ella? ¿Es una mujer?

–Es una aparecida del siglo de antes de antes, de la época de antes de la Revolución. Una vieja inmundicia, una sombra.

El comisario pasó lentamente la mano por la superficie rugosa de los bloques de hormigón.

–¿Ah, sí? –preguntó, súbitamente pensativo–. ¿Una sombra?

II

Adamsberg preparaba el café en la gran sala-cocina, todavía poco acostumbrado al lugar. La luz entraba por los vidrios de la ventana, iluminando las antiguas baldosas, de un rojo mate, unas baldosas del siglo de antes de antes. Olores a humedad, a madera quemada, a hule nuevo, algo que, buscando bien, se asociaba a su casa de la montaña.

Puso dos tazas desparejadas en la mesa, justo donde el sol dibujaba un rectángulo. Su vecino se había sentado muy recto y se apretaba la rodilla con los dedos de su única mano. Una mano ancha, como para estrangular un buey con el pulgar y el índice, que parecía haber duplicado de volumen para compensar la ausencia de la otra.

—¿No tendrá un algo para acompañar el café? ¿Sin que sea una molestia?

Lucio echó una mirada suspicaz al jardín, mientras Adamsberg buscaba cualquier tipo de alcohol en las cajas de cartón aún apiladas.

—¿Su hija no le deja? —preguntó.

—No me anima a ello.

—¿A ver esto? ¿Qué es? —preguntó Adamsberg sacando una botella de una de las cajas.

—Un Sauternes —juzgó el viejo entornando los ojos como un ornitólogo identificando de lejos un pájaro—. Es un poco temprano para un Sauternes.

—No tengo nada más.

—Pues nos arreglaremos con eso —decretó el viejo.

Adamsberg le sirvió un vaso y se instaló junto a él, exponiendo su espalda al cuadrado de sol.

—¿Qué es lo que sabe exactamente? —preguntó Lucio.

—Que la anterior propietaria se ahorcó en la habitación de arriba —dijo Adamsberg señalando el techo con el dedo—. Por eso nadie quería esta casa. A mí, en cambio, me da igual.

—¿Porque tiene vistos a muchos ahorcados?

—Alguno. Pero a mí los muertos nunca me han dado problemas. Me los dan sus asesinos.

—Pero, *hombre*, no estamos hablando de muertos de verdad, hablamos de los otros, de los que no se van. Ella nunca se fue.

—¿La ahorcada?

—La ahorcada se fue —explicó Lucio echándose un lingo-tazo, como para celebrar el acontecimiento—. ¿Sabe por qué se mató?

—No.

—La casa la volvió loca. Todas las mujeres que viven aquí acaban minadas por la Sombra. Y se mueren de eso.

—¿La Sombra?

—La aparecida del convento. Por eso el callejón se llama calle de las Corujas.

—No entiendo —dijo Adamsberg sirviendo el café.

—Había aquí un antiguo monasterio de mujeres, en el siglo de antes de antes. Eran unas monjas de las que no podían hablar.

—Serían cartujas.

—Eso es. Y se decía la calle de las Cartujas. Pero luego acabó siendo de las Corujas.

—¿Sin que tuviera nada que ver con las lechuzas? —preguntó Adamsberg, decepcionado.

—No, son las monjas. Pero «cartujas» cuesta más de pronunciar. Car-tu-jas —añadió Lucio aplicándose.

—Cartujas —repitió lentamente Adamsberg.

—¿Lo ve? Es difícil. Todo esto para decirle que, en aquellos tiempos, una de esas cartujas mancilló esta casa. Con el diablo, al parecer. Pero bueno, de eso no hay pruebas.

—¿De qué tiene usted pruebas, señor Velasco? —preguntó Adamsberg sonriendo.

—Puede llamarme Lucio. Pruebas haylas. Hubo un proceso en aquel entonces, en 1771, y el convento fue abandonado, y la casa purificada. La cartuja se hacía llamar Santa Clarisa. A cambio de una ceremonia y de un dinero, prometía a las mujeres que irían al paraíso. Lo que no sabían las viejas era que el viaje era inmediato. Cuando llegaban con la bolsa llena, las degollaba. Así mató a siete. Siete, *hombre*. Pero una noche tuvo que vérselas con un hueso duro de roer.

Lucio se echó a reír con su risa de crío, y se rehizo.

—No hay que bromear con los demonios —dijo—. Vaya, me pica el brazo, es mi castigo.

Adamsberg lo miró agitar los dedos al aire, esperando tranquilamente la continuación.

—¿Le alivia rascarse?

—De momento, luego vuelve a picarme. La noche del 3 de enero de 1771, una vieja fue a ver a Clarisa para comprar el paraíso. Pero su hijo, desconfiado y agarrado, la acompañaba. Era curtidor. Mató a la santa. Así —mostró Lucio asesiando un puñetazo a la mesa—. La aplastó con sus manos de coloso. ¿Ha seguido la historia?

—Sí.

—Si no, puedo volver a contársela.

—No, Lucio, continúe.

—Sólo que esa mala bestia de Clarisa nunca llegó a irse del todo. Porque tenía veintiséis años, ¿entiende? Así que todas las mujeres que vivieron aquí a partir de entonces salieron con los pies por delante y de muerte violenta. Antes de Madelaine (la ahorcada), hubo una señora Jeunet, en los años sesenta. Cayó sin motivo de la ventana de arriba. Y antes de la Jeunet, una tal Marie-Louise a quien encontraron con la cabeza metida en el horno de carbón, durante la guerra. Mi padre las conoció a las dos. Sólo tuvieron problemas.

Los dos hombres asintieron juntos, Lucio Velasco con gravedad, Adamsberg con cierto placer. El comisario no que-

ría herir al viejo. Y, en el fondo, esa buena historia de fantasmas les convenía a ambos, y la hacían durar tanto tiempo como el azúcar al fondo del café. Los horrores de Santa Clarisa intensificaban la existencia de Lucio y distraían momentáneamente la de Adamsberg de los asesinatos triviales que tenía entre manos. Ese espectro femenino era mucho más poético que los dos tipos cosidos a puñaladas la semana pasada en Porte de la Chapelle. Estuvo en un tris de contar su propia historia a Lucio, ya que el viejo español parecía tener una opinión segura acerca de todas las cosas. Le gustaba ese sabio guasón de una sola mano, salvo en lo referente a la radio que zumbaba constantemente en su bolsillo. Obedeciendo a un gesto de Lucio, Adamsberg le llenó el vaso.

—Si todos los asesinados andan flotando por ahí, ¿cuántos fantasmas habrá en mi casa? ¿Santa Clarisa y sus siete víctimas? ¿Más las dos mujeres que conoció su padre, más Madelaine? ¿Once? ¿O más?

—Sólo está Clarisa —afirmó Lucio—. Sus víctimas eran demasiado viejas, nunca volvieron. A menos que estén en sus propias casas, que también es posible.

—Sí.

—Lo de las otras tres es distinto. No fueron asesinadas, sino poseídas. En cambio, Santa Clarisa no había acabado de vivir cuando el curtidor la aplastó con sus puños. ¿Entiende ahora por qué nunca han derribado la casa? Porque Clarisa habría ido a instalarse a otro sitio. En mi casa, por ejemplo. Y todo el mundo, en el barrio, prefiere saber dónde tiene su guarida.

—Aquí.

Lucio asintió guiñando un ojo.

—Y mientras nadie ponga los pies aquí, no pasa nada.

—O sea que es hogareña, en cierto modo.

—Ni siquiera baja al jardín. Espera a sus víctimas allá arriba, en el desván. Y ahora vuelve a tener compañía.

—Yo.

—Usted —confirmó Lucio—. Pero usted es hombre, no le dará mucho la lata. A quienes vuelve tarumbas es a las mu-

jeros. No traiga aquí a su mujer, hágame caso. O, si no, venda.

–No, Lucio. Me gusta esta casa.

–Cabezota, ¿eh? ¿De dónde viene?

–De los Pirineos.

–Alta montaña –dijo Lucio con deferencia–, no vale la pena que trate de convencerlo.

–¿Los conoce?

–*Hombre*, nació al otro lado. En Jaca.

–¿Y los cuerpos de las siete viejas? ¿Los buscaron en la época del proceso?

–No. En aquellos tiempos, en el siglo de antes de antes, no se investigaba como ahora. Deben de estar todavía ahí debajo –dijo Lucio señalando el jardín con el bastón–. Por eso no se cava demasiado hondo. No hay que provocar al diablo.

–No, ¿para qué?

–Usted es como María –dijo el viejo sonriendo–, estas cosas le divierten. Pero, *hombre*, yo la he visto a menudo. Nieblas, vapores, y luego su respiración, fría como el invierno en lo alto de los picos. Y la semana pasada estaba yo meando debajo del avellano y la vi de verdad.

Lucio vació el vaso de Sauternes y se rascó la picadura.

–Ha envejecido mucho –dijo casi con asco.

–Son muchos años... –respondió Adamsberg.

–Claro. Tiene la cara arrugada como una nuez vieja.

–¿Dónde estaba?

–En el piso de arriba. Iba y venía por la habitación de encima.

–Va a ser mi despacho.

–¿Y dónde pondrá el dormitorio?

–Al lado.

–Pues no le falta valor –dijo Lucio levantándose–. ¿No habré sido muy bestia, por lo menos? María no quiere que sea bestia.

–En absoluto –respondió Adamsberg, que de repente se encontraba con un lote de siete cadáveres bajo los pies y una fantasma con cara de nuez.

–Mejor. Quizá consiga usted aplacarla. Aunque dicen que sólo un hombre muy viejo podrá con ella. Pero eso son leyendas, no se crea usted todo lo que le cuenten.

Una vez solo, Adamsberg engulló el fondo de su café frío. Luego alzó la mirada hacia el techo, y escuchó.